

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 18 DE FEBRERO DE 1923

NÚM. 19.984

POR LA ESPAÑA CASTIZA Y PINTORESCA



PLAZA DE LOS CARROS (MADRID).—Dibujo a pluma original de A. Sánchez Felipe

Ayuntamiento de Madrid

LA VISIÓN EXTRARRETINIANA

IMPRESIONES DE UN LECTOR

Ver. — Creer. — Tocar.

En torno a «La garçonne», de Victor Marguerite.

EN estas mismas columnas hemos hablado alguna vez de un interesante folleto que, en 1920, fué publicado por las ediciones de *La Nouvelle Revue Française*. Su autor, Luis Farigoule, profesor agregado de Universidad, descubría en él determinados experimentos que le permitían aventurar la afirmación de que el sentido de la vista no se halla únicamente localizado en la retina, sino que se extiende, también, por el tegumento de la piel, provisto, al efecto, de unos órganos microscópicos, llamados *ocelles*, perceptores de la visión.

Ahora, en el número correspondiente al mes de febrero, de la revista citada, Jules Romain, el célebre poeta unanímista—que ocultaba su famoso pseudónimo tras su verdadero e ignorado nombre de Luis Farigoule—, muestra la actual situación de sus experiencias, y haciendo historia de todo este proceso, establece, definitivamente, las bases firmes y precisas a su desarrollo sucesivo; sin que falte en la sobria relación del calvario—que como a todo inventor le corresponde—amargura ni interrupción. Y en este caso más, pues que al obligado recelo que lo nuevo despierta, se ha de unir la prevención sentida contra este escritor, de quien se teme siempre alguna mixtificación. El público no quiere recordar que el poeta más tachado de mixtificador ha sido Baudelaire, que es quien ha dejado, precisamente, la obra más humana de la literatura francesa.

Al confirmarse públicamente la identidad Farigoule-Romain, redoblan las desconfianzas, y la lucha inicial del autor contra el «prejuicio patológico» se ha tenido que multiplicar contra otros muchos prejuicios. La malevolencia, unida al instinto recelo, ha servido para que Romain aumente sus precauciones y acople testimonios.

Nada más indignante que ese recelo previo e injustificado, delator de un espíritu consciente de su incapacidad y propicio al engaño. Si se trata de una hipótesis de orden científico, el fracaso de la comprobación será bastante a impedir la apetecida certeza, y si se trata de arte, que al cabo es ficción, hágase el encanto y sea como quiera.

En el caso presente la trascendencia del resultado merece que el espectador lo tome en serio y se arriesgue con el poeta, que es, en definitiva, quien más puede perder en el experimento. Además de que, en toda cosa humana, no conviene apremiar demasiado: hay que dejar un margen de engaño por donde pueda introducirse la verdad nueva e inverosímil.

Si, en efecto, Farigoule-Romain evita toda posibilidad de comunicación telepática, por transmisión o sugestión mental, y si consigue—como está consiguiendo—que un ciego, puesto en presencia de un letrado, logre leerlo, sin ayudarse del tacto, hemos de reconocer que la fijación del conducto por el cual la percepción se ha realizado, sólo en último término debe interesarnos—y entonces, sólo para facilitar esa embrionaria aptitud desperdiciada.

Sin embargo, se le acusa de superchería, y poco ha faltado para que se le tenga por demoníaco, ya que en concepto de tales se tenía—según cuenta Feijóo—a los que sin mirar un objeto distinguían sus colores.

Para nosotros, en cambio, el hecho de ser Jules Romain el iniciador de todo esto, significa una sólida garantía. Es

más: le creemos excepcionalmente dotado, predestinado, para operar un descubrimiento así. En él se repiten los términos del aforismo de Bunge y es psicólogo y fisiólogo a la vez, porque es, el suyo, un caso peculiar de clarividencia intelectual y física.

Recordemos su filosofía para poder apreciar la enjundia de esta capacidad extrarretiniana. «Entre la vida y nosotros—dice—nos negamos a interponer la pantalla de la razón absoluta», y, como Bergson—observa Jean Max—, quiere experimentar la intuición de la realidad inmediata y pensar vitalmente las cosas, sintiéndolas en su íntima complejidad.

Por eso no se trata de un caso de vaticinio tan frecuente en el poeta (vate), que se adelanta intuitivamente al hombre de ciencia, sino, más bien, de una fuerza revelada en la especial naturaleza de un buen elemento conductor. Leyendo su poesía se advierte una sensación de tacto continuada, e independiente de todo contacto. Parece que el autor se ayuda de una facultad correspondiente a la del tocar con los ojos, de la mirada española: la de ver con el tacto.

Observemos esa «presencia continua» que ha señalado Cuisenier en la obra profundamente sensual de este escritor. Así como el mito, por él creado, toma cuerpo y se propaga en ondas, las cosas del mundo exterior comparecen ante él, herméticas y distantes, pero propagando, a su vez, irradiaciones de su propia materia que llegan a impresionar la sensible disposición del poeta. Si mira un cacharro, por ejemplo, no ve el fugaz reflejo de su barnizada superficie, sino que recibe la sensación de la substancia misma del cacharro, el cual, saturado, parece que la rezuma, echándola fuera: plétórico de sí mismo. Frecuentemente, Jules Romain percibe lo que es aéreo como si fuera un cuerpo sólido que le oprime, y hasta los sentimientos se le adentran en forma de sensaciones violentas. Así dice: «Tan triste estoy—que mi cuarto me hace daño» o «la arena del camino—brillaba cruelmente». En fin, desembarca en una ciudad, que le «punza como un espino», y al ver por el muelle hombres y mujeres, que se cruzan al pasar, distingue, entre ellos, un chisporroteo análogo al que producen al chocar los cuerpos electrizados.

El lector asiduo de Jules Romain nota en él esta especial sensibilidad, por la cual se encuentra extendido y ligado, en íntima cohesión, con el mundo exterior. Siente, piensa y conoce por conciencia orgánica, y percibe intelectualmente la estructura esencial de la materia y físicamente la densidad substancial del espíritu. De Jules Romain podríamos decir lo que Emerson decía de Goethe: «Ve por cada uno de sus poros, y tiene una certera gravitación hacia la verdad.»

Por otra parte, en Romain puede haber un vidente, porque hay en él un hombre de fe.

Cierto que, en la obra de este poeta, es frecuente la irreverencia burlesca, y hasta *l'impieité grivoise* de que hablaba Renán, avivada por una savia auténtica y lúcida, como el *vin morillon* clásico; pero si descubrimos el íntimo impulso que mueve todo esto, hallamos un profundo deseo de evidencias que le conduce hasta la «deificación».

Antonio MARICHALAR

Por fin he podido leer *La garçonne*. A decir verdad, la cuestión de su valor literario me interesaba poco, porque no esperaba que fuese considerable... Pero me interesaba mucho la cuestión aneja a ese libro, para el cual ha sido el escándalo, como sucede siempre, un reclamo poderosísimo. Esta verdad no necesitaba comprobación.

La garçonne ofrece, pues, dos aspectos a nuestro comentario: el más importante es el que se refiere a la justicia o injusticia del castigo impuesto a Victor Marguerite excluyéndole de la Legión de Honor; el otro aspecto es el referente al mérito de la obra.

Anatole France protestó contra la exclusión de Victor Marguerite. En su carta a la Legión de Honor recuerda las persecuciones de *Madame Bovary*, *Les Fleurs du Mal* y una obra de Richepin que debe ser *La Chanson des Gueux*. La lista podría ser interminable. ¿Quién no recuerda el proceso de Victor Hugo por *Le roi s'amuse*? Pero lo esencial es el precedente establecido por esa penalidad. Aplicada a los miembros de una colectividad tan vasta como la Legión de Honor, ¿a qué consecuencias podría llevarnos? Fijémonos en que no se trata de un acatamiento a sentencias dictadas por el Poder judicial en materias que envuelvan deshonor. Nada de esto. Se trata de establecer un criterio de exclusión social por causas de moralidad literaria. Y no conozco nada más peligroso; porque ¿dónde está la medida que nos garantice la justa aplicación de la más relativa y subjetiva de las opiniones humanas, el criterio de moralidad, sustraída a toda sanción jurídica?

Victor Marguerite ha sido juzgado por una institución que se atribuye, a priori, la categoría suprema de Tribunal de Honor. Pero acaso no exista en el mundo otra colectividad en la cual sea más patente la divergencia del honor social con el criterio absoluto de la bondad. Acude a mi memoria un suceso en el cual se manifestó plenamente aquella antinomia. Cuando el cadáver de Emilio Zola fué llevado al Panteón, el nacionalismo protestó fuertemente; y el duque de Montebello, que acaba de morir, pidió que fuesen sacados del Panteón los restos de su antepasado el mariscal Lannes, para librarlos de aquella vecindad deshonorosa... ¿De modo que el mariscal napoleónico que asaltó a Zaragoza no podía sufrir el contacto imaginario del hombre que ejerció en su patria la más excelsa ejemplaridad de valor cívico, librando a Francia de una enorme deshonor?

Recuerdo, a este propósito, un curioso ensayo de Alfonso Aulard en su cuarta serie de *Etudes et leçons sur la Révolution Française*. Se refiere al centenario de la Legión de Honor. Los primeros intentos de crear una condecoración nacional que reemplazase a las de la Monarquía chocaron con la evidente incongruencia entre esa nueva forma de aristocracia y el concepto de igualdad social. Hay un curioso libelo de Mirabeau sobre este asunto, comentando la orden americana de los Cincinatos. En él, dice Aulard, habla con desprecio del honor, «esta producción europea que sustituye a las virtudes... El águila (distintivo de aquella orden) no ha sido nunca un ave bienhechora.» Renuncio a exponer las interesantísimas discusiones con que fué acogida la Legión de Honor,

al ser votada en 28 de floreal del año X. «Uno de los medios que empleó Bonaparte—dice Aulard—para hacer olvidar a los franceses su dignidad de ciudadanos y convertirlos de nuevo en vasallos, fué la insensible y hábil sustitución de la idea de patriotismo, tal como la Revolución la había definido y aplicado, por la idea de honor.» Ya Montesquieu se había referido al honor como instrumento de las monarquías; y Voltaire, en su *Alzire*, lo había calificado de «fantasma vano que se finge virtud; amor de la gloria y no de la justicia; temor del reproche y no del vicio». Sería curioso comparar esos conceptos del honor, tan dieciochescos, con todo el espíritu de nuestro teatro clásico, singularmente el de Calderón.

La Legión de Honor, en sus comienzos, fué una condecoración ridícula, sobre todo cuando el Imperio la *monarquizó*, haciéndola hereditaria. Personajes como Rochambeau y La Fayette la rechazaron. Otros se avergonzaron de llevarla.

Victor Marguerite, según parece, se ha hecho indigno como hombre de honor. Pero tampoco el honor, ni siquiera la moralidad, según la acepción social corriente, se adapta a las normas estrictas de la bondad o del bien. El criterio que suele servir para sus anatemas se acomoda a lo que se llama, con galicismo, las *conveniencias*. Así, por ejemplo, para juzgar la moralidad de una mujer no hay otra regla que la de su pudor. Para juzgar la del hombre no hay otra regla que la de su corrección externa. Ocurre aquí una inversión en los términos del juicio. Las palabras *honor*, *honradez*, no derivan de una idea pura y objetiva de bondad; sino de la propia reputación en que se tenga al interesado.

¿No hemos visto, en la vida pública de todas las naciones, ejemplos cínicamente escandalosos? ¿No hemos visto otorgar recompensas excepcionales de honor social a verdaderos monstruos?

Y vamos ya al juicio que nos merece *La garçonne*. No vacilo en decirlo: no hay en ella ningún alto valor estético que sirva de contrapeso a la fea crudeza de algunas páginas. La intención trascendental del libro es buena, puesto que sus páginas finales quieren representar el anuncio profético de una sociedad mejor, surgida sobre las ruinas de la actual, cuyo embrutecimiento ha sido consumado por la guerra. El autor se excusa en ese valor de sátira o fustigación, para apelar al juicio público. Pero hay una incongruencia de carácter en su heroína, que para su protesta social no recurre a la liberación *virilizante* de los tipos femeninos que el romanticismo transmitió al teatro escandinavo, sino que cae en la delectación morbosa de las mayores bajezas de esa misma sociedad cuyo yugo quiere sacudir...

Más que en la forma, la repugnancia de ciertas páginas está en su carencia de todo valor de contraste. Algún pasaje de *La garçonne* no se distingue apenas de la tradición de literatura pornográfica, que por cierto es de una insostenible monotonía. Cuando el amor deja de ser, ante todo, conmixión de almas, pierde toda su categoría de asunto supremo del arte. El amor carnal, desnudamente expuesto, sólo puede servir de *repoussoir* (no encuentro la palabra castellana correspondiente a ese vocablo

pietórico) para que por él resalte una
lontananza de belleza indiscutible.

Seamos justos. La propia literatura
francesa ofrece ejemplos de salacidad
comparables con los de *La garçonne*.
¿Hemos de citar a Huysmans, a Mira-
beau, a Pierre Louys, a Colette Villy, a
Rachilde, a Lorrain? La novela italiana
de nuestros días nos muestra una com-
placencia más enfermiza que la de Mar-
gueritte: así sucede en muchas obras de
Guido da Verona. ¿No fué objeto de per-
secución judicial el *Mafarka* de Mari-
netti? Y no habremos de los ejemplos es-
pañoles, tan lamentables, tan plebeyos...

Víctor Margueritte ha querido dar a
su obra el significado de una fulmina-
ción contra la sociedad actual, verda-
dero sarcasmo para los que imaginaron
la guerra como una purificación del
mundo. Pero estamos muy lejos de aque-
llas rudezas varniles con que Zola nos
describió también la sociedad del Se-
gundo Imperio, caída en la guerra de
1870. Ahora, vista de lejos aquella ga-
lería de cuadros, no se les puede ya ne-
gar su grandeza épica.

De todas maneras, no hay duda que,
aun a través de *La garçonne*, la socie-
dad burguesa ofrece síntomas de dege-
neración morbosa y de próxima agonía,
porque en ella casi se han extinguido
los instintos de rectitud y justicia, sin
el contrapeso de una gran tradición edu-
cativa como tuvo la sociedad aristocrá-
tica que murió a manos de la Revolu-
ción. Uno de los personajes de Margue-
ritte habla del «creciente desafecto de
un país por las ideas generales que, a
fin de cuentas, le orientan y dirigen».
Este es el cáncer, innegable, que preocu-
pa a todos los espíritus videntes, sus-
traídos a la corrupción común, flotando
sobre el naufragio de una humanidad.

Mónica Lerbier, la protagonista de
Margueritte, es una paradoja viva. Edi-
fica su alteza moral sobre la experien-
cia de su vicio, que monstruosamente la
libertó. Sin duda ello le incorpora en la
tradición de las santas que exaltaron su
virtud sobre una gran crisis vital; pero
no es muy fácil admitir esa evolución
personal como una liberación lógica y
graduada de un espíritu, que quiere
mantenerse consciente de su vía de li-
bertad, aunque rompa con las conven-
ciones sociales.

La ola de patriotismo externo provo-
cada por la guerra ha despertado el re-
celo de que los novelistas continuaran
divulgando un tipo de mujer que podría
desacreditar a Francia, siguiendo las
corrientes anteriores a la guerra. Ello ha
contribuido, no poco, al castigo de Mar-
gueritte. Justo es consignar que el au-
tor ha previsto esa interpretación ten-
denciosa. Así pone en boca de uno de
sus personajes: «Hay en provincias, y
aun en París, una multitud de familias
en las cuales la virtud es más frecuen-
te que el vicio. Es evidente. Y las man-
chas que pueda haber sobre el sol no
impiden que el sol exista.»

Gabriel ALOMAR

Los grandes éxitos de MUNDO LATINO

Ramón Pérez de Ayala.
LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL.
Novela admirable, llamada a ser un acon-
tecimiento su publicación.—Seguidamen-
te, las obras completas de este gran
maestro.

José Francés.
EL HIJO DE LA NOCHE, novela, dig-
na hermana, por lo interesantísima, de las
que tan grandes éxitos proporcionaron a
su autor, ilustre académico: *La mujer de
nadie*, *La raíz flotante* y tantas otras.
Si quiere usted leer libros de grandes
autores, compre siempre los de MUNDO
LATINO

Apartado, 502.—MADRID

¿QUÉ ES UN MAESTRO?

PARA primer palabra de esta breve di-
sertación, que deseo ligera, pero que
no puedo garantizar de alada, soltaré a
volar una ave de propia Minerva, que
tengo enjaulada desde hace tiempo.
Bien sé que no deben escribirse ya más
Haikas, desde el 31 de diciembre de
1922; pero la poesía gnómica conserva-
rá siempre algún papel en las culturas.
Si los aforismos son las golondrinas de
la Dialéctica, los poemas gnómicos son
—tanto monta—sus vences.

Aquel a quien vuelvo a abrir la puer-
ta, chillaba, y sigue chillando, así:

No toda luz
que se enciende y se apaga es un
faro. Precisa el ritmo.

1)

Esto, como lema. Ahora, como tema
de meditación, un problema importante:
¿Qué es un maestro?

Traída la pregunta de este modo, en
crudo, acaso no apetezca. — Aplacemos
por unos minutos su contestación. Mien-
tras tanto, probaremos de seguir un pro-
cedimiento utilísimo, común a Sócrates
el sabio y a Peer Gynt el necio, en em-
presas de conocimiento o de acción: el
famoso procedimiento de *dar la vuelta*.

Vamos, pues, a preguntarnos en un
rodeo: ¿Qué es un poeta? Y, paralela-
mente: ¿Qué es un actor?

2)

Empecemos por la primera de estas
preguntas. Pisamos aquí terreno relati-
vamente conocido. Sobre la cuestión de
en qué consista un poeta, contamos, sin
duda, con ciertos datos. Los mismos del
gremio curaron de nuestra información
con introducirnos líricamente en su in-
timidad. Por otra parte, graves filóso-
fos, so color de estética, consumieron
vigilias en designio de establecer las
maneras y las leyes del divino secreto.

Por confesiones de unos, por lecciones
de otros, por luces del buen sentido tam-
bién, que a nadie faltan, hemos venido
a averiguar que el oficio de poeta no es
de aquellos de cuya continuidad y coti-
dianidad se pueda responder. Que, se-
gún se dijo, *el Espíritu sopla donde
quiere y, sobre todo, cuando quiere*. Que
no se es poeta constantemente y por dis-
ciplina, sino por gracia de tales soplos
o inspiraciones, en momentos excepcio-
nales y afortunados, señalados por el
imperativo de la emoción sentida y por
la *abundancia cordis*.

3)

Bien. Pero muy pronto nuevas luces,
venidas de distinto origen, van a permi-
tirnos corregir el concepto, estrecho en
demasía, que según los anteriores po-
dríamos formarnos. Averiguemos aho-
ra que, sin contradecir el hecho de la
misteriosa inspiración—antes al contra-
rio, suponiendo ésta, siguiéndola—, un
trabajo austero ha de producirse en el
poeta, un trabajo que le recoge, le des-
arrolla, le articula y mantiene, provoca
la nueva inspiración en potencia y cam-
bia, en suma, intersección en verbo, ca-
dencia en estrofa, visión fugacísima en
imagen bien estructurada, resplandor
en rayo de luz.

No diremos poeta al *sobrecogido* por
la emoción de la belleza; sino a aquel
que *la recoge* a ella, y domina. Y con-
vierte tan áspera tarea en obstinado
ejercicio. Y, no sólo en ejercicio, sino
en manera de vida, en el centro mismo
de la actividad profesional.

Valoración no igual—aun a los ojos de
las multitudes contemporáneas—, con-
ciencia inequívoca en el propio interior,
lauro distinto, han alcanzado siempre el
poeta puro, el profesional, el artista de
la poesía y el otro que, marginalmente,
para decoro de los ocios, ha cazado al
vuelo una que otra inspiración; y no fre-
cuentaba la musa sino morganáticamente,
bajo figura de diletante.

4)

Función.—Ejercicio.—Profesión.

Milagrosas irrupciones.—Canal regu-
larizador y fecundo.—Continuidad afian-
zada y salvadora.

De lo primero, se habla más, al tra-
tarse del mester poético. Hablar de ejer-
cicio y de profesión parece menos distin-
guido... Pero existe otro oficio en que
ocurre cosa algo distinta: me refiero al
oficio del comediante.

Aquí el ejercicio es practicado entera-
mente a la vista del público. La profe-
sión también—o poco se le falta—, que
no son los actores gentes gustosas de
recatar intimidades. Mas, ¿qué diremos
de los momentos funcionales de mayor
energía, de las inspiraciones mejores,
que, no sólo se producen de cara al pú-
blico, sino que necesitan de una espe-
cie de colaboración del mismo, que exci-
ta al actor y le sirve de inspiradora mu-
sa? En este caso se presentan en equi-
librio y en paladina igualdad los tres ele-
mentos. Clara es la profesión, y se de-
fine por razón de ejercicio. Claro es el
ejercicio, y se define por razón de fun-
ción. Clara la función también, análoga
en el actor que en el poeta.

También en aquél la función se reali-
za por irrupción milagrosa y por plenitud
se derrama. También es discontinua
y gratuita. Si al poeta la inspiración que

le llena el pecho se vierte en un cántico,
al actor la inspiración le agita cara y
manos y se le vierte en rúea y gesto.
El uno obedece al ímpetu de la potencia
emotiva; el otro, al ímpetu de potencia
expresiva. Lleva aquél a poderosa inten-
sidad lo cordial; éste, a mágica calidad
lo motriz. Poeta, por *abundancia cor-
dis*; por *abundancia oris*, comediante.

5)

Retornemos ahora el curso de nuestra
investigación al punto de partida. Pen-
sando otra vez en el maestro, compare-
mos su actividad con las otras dos.

Desde el punto de vista de lo manifies-
tos que en ella aparezcan los tres ele-
mentos: función, ejercicio, profesión, la
actividad del maestro ocupa el extremo
de una serie en que la del poeta es el
principio, y el término medio, el actor.
En el maestro, al contrario que en el
poeta, la profesión es bien notoria; la
inspiración, oculta y mal conocida. Un
maestro es un hombre que practica una
carrera; a veces, incluso, una carrera ofi-
cial; siempre visible, pública, reglamen-
tada. Un maestro es un hombre que pue-
de definirse por su profesión.

El segundo elemento, el ejercicio, apa-
rece en él menos visiblemente. Sin em-
bargo, aunque no se vea, se supone
siempre.—Pero, ¿y la función, la inspi-
ración, la irrupción divina? ¿Qué sabe-
mos de los momentos de entusiasmo, de
fuerte plenitud, en la obra de magiste-
rio? ¿Quién nos cuenta si, en tal día, en
tal hora, en tal ocasión, este maestro es-
tuvo inspirado? ¿De tal inspiración, de
tal opulencia funcional, qué señal exis-
te, qué rastro queda? Al contrario que
en el poeta, en el maestro todo suele ser
atribuido a continuidad y cotidianidad,
nada a embriaguez y soplo.

Sábase de él la estrofa, olvídense la ma-
triz primera cadencia. Sábase el verbo,
olvídense la intersección.

6)

¡Y no obstante, no obstante, bien de-
ben existir—puntos, hilos brillantes
en la trama del ejercicio—las horas, los
momentos de gracia! ¡Bien es poeta el
maestro y también manera de actor!
Bien conoce la abundancia y el impera-
tivo generoso de la abundancia!

He aquí, al lado del hombre a quien
se le derrama la emoción y del hombre
a quien se le derrama la expresión, el
hombre a quien se le derrama el saber.
Y, al derramarse, se esparce a su al-
rededor y germina, como semilla buena,
en las tierras ávidas. *Ex abundancia
cordis*, hablaba el uno; *ex abundancia
oris*, declamaba y mimaba el otro; *ex
abundancia scientiae*, el tercero profesaba.
Y será justamente de esa abundan-
cia de donde el ejercicio reciba legiti-
midad y razón; de donde reciban utili-
dad y moralidad, la profesión y carrera.

Maestro en cuya actividad la profe-
sión no corresponda al ejercicio, mal
maestro. Pero maestro en cuyo ejer-
cicio no venga a menudo a insertar sus
virtudes la inspiración, mal maestro
también.

Pecado, el de aquel que, teniendo res-
ponsabilidad de una escuela, no asiste
a la escuela. Pero, más que pecado, cri-
men, el de quien, asistiendo a una es-
cuela, no sigue siempre llenándose a
hinchiéndose de saber, para que se le
derrame y, en irrupciones bienaventu-
radas, inunde cuanto le rodea.

7)

Nutrid, embriagado de saber a los
maestros. De cualquier saber, de todo
saber.

Probablemente, no hay otra peda-
gogía.

Eugenio d'ORS

ANTOLOGÍA ESPAÑOLA

Pues andáis en las palmas,
ángeles santos,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.

Palmas de Belén,
que mueven airados
los furiosos vientos,
que suenan tanto,
no le hagáis ruido;
corred más paso,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.

El niño divino,
que está cansado
de llorar en la tierra

por su descanso:
sosegar quiero un poco
del tierno llanto,
que se duerme mi niño;
tened los ramos.

Rigurosos hielos
le están cercando;
ya veis que no tengo
con qué guardarlo
Ángeles divinos,
que vais volando,
que se duerme mi niño;
tened los ramos.

Lope de VEGA

(De *Los pastores de Belén*.)

LAS LECHUGAS

CUENTO PARA NIÑOS POR MAGDA DONATO

ÉRASE un matrimonio muy pobre, muy pobre, que vivía en una humilde choza.

Pero si bien Mariana—la mujer se llamaba Mariana—se conformaba santamente con las privaciones y no echaba de menos el que en sus comidas no hubiese ni carne, ni pan blanco, ni golosinas, en cambio, la desesperaba el no tener ni una pulgada de tierra donde sembrar una lechuga, porque se volvía loca por la ensalada.

Sin embargo, enfrente de la pobre choza había una casa con un huerto magnífico lleno de toda clase de legumbres. Allí no se veía nunca a nadie y hubiera podido creerse que aquel dominio estaba abandonado y sin dueño, de no ser por lo admirablemente que el huerto estaba cuidado.

La verdad es que la casa y el huerto pertenecían a un brujo muy malo, llamado Gluglú; pero eso no lo sabía nadie.

Un día, fué tal la tentación que sintió Mariana al pasar por delante del huerto, que no supo resistir; saltó la tapia, cogió una lechuga tierna y blanca, se la llevó a su casa y se la comió.

Claro que aquello era una acción muy fea, indigna de una buena mujer, como había sido Mariana hasta entonces; pero ¡le gustaban tanto las lechugas!

Al día siguiente repitió su hazaña; otro día cogió dos lechugas, en lugar de una, y así, hasta que el brujo se dio cuenta; entonces, transformado en sapo, se ocultó entre las hortalizas, y cuando Mariana saltó la tapia para coger la décima lechuga, apareció ante ella. La desdichada se arrojó a sus pies pidiendo perdón.

—Te perdono—dijo Gluglú—con una condición, y es que has de entregarme tu hija.

—No tengo hija—contestó Mariana.

—Pues me la entregarás el día que la tengas.

La buena mujer se marchó bastante tranquila, porque llevaba ya tantos años deseando hijos, sin haberlos tenido nunca, que no era probable que los tuviese ya. Y sin embargo, al año de esta aventura, le nació una nena rubia, blanca y sonrosada, a la que llamaron Marisol.

Marisol creció en bondad y en belleza; la vez que en edad; pero, ¡ay!, había heredado de su madre la funesta pasión por las lechugas, y un día que volvía de la escuela saltó también la tapia del huerto vecino.

Pero en el momento en que se agachaba para coger una lechuga, el horrible brujo apareció ante ella, y la niña, aterrorizada, huyó, perdiendo un zapatito.

Al día siguiente, cuando Marisol se dirigía a la escuela, se encontró en su camino un pajarito, que le preguntó, cantando:

—Marisol, ¿para qué querías la ensalada?

—Para nada—contestó la niña.

—Marisol, ¿por qué huiste asustada?

—Por nada—tornó a contestar la niña.

—Marisol, ¿qué perdiste en la retirada?

—preguntó el otro.

—No perdí nada—aseguró Marisol.

Otro día se encontró a un perro, que le hizo las mismas preguntas, y ella contestó como al pajarito; otro día ocurrió lo propio con un gato; otro, con una araña, y así, hasta que un día, sin que Marisol viese ánima viviente, oyó una voz formidable que decía:

—Marisol, ¿para qué querías la ensalada?

—Para nada.

—Marisol, ¿por qué huiste asustada?

—Por nada.

—Marisol, ¿qué perdiste en la retirada?

—No perdí nada.

—Entonces—la voz prosiguió—ve y dile a tu madre que me envíe lo que me prometió.

La pobre cilla no tuvo más remedio que dar el recado, y Mariana, que comprendió que la voz era la del brujo, se echó a llorar; pero como no había más remedio que obedecer, puso a su hija su

—Para nada—dijo la niña, temblando.

—Marisol, ¿por qué huiste asustada?

—Por nada.

—Marisol, ¿qué perdiste en la retirada?

—No perdí nada.

Entonces apareció en la oscuridad un palo luminoso, que empezó a repartir golpes a la vajilla, hasta que todo lo que había en la tienda quedó hecho añicos. Y cuando el dueño entró, por la mañana, acusó a Marisol del desastre y la echó punto menos que a puntapiés.

La pobre erró todo el día; al llegar la tarde pidió hospitalidad en una tienda de telas, y la dejaron echarse sobre el

el caballo de bronce—, no te vayas a caer.

Marisol se agarró a su cuello, apretando sus bracitos con toda el alma, y entonces, como si le hubieran nacido alas, el caballo de bronce se elevó por los aires con su graciosa carga.

Cuando se detuvo, la niña se apeó y vió que se hallaba en la cima de una alta montaña, ante un palacio extraño, de cristal verde.

—Entra en este palacio—dijo el caballo de bronce, y, pase lo que pase, no tengas miedo; ve adelante y di la verdad.

Tan acostumbrada estaba ya a las aventuras extraordinarias, que Marisol obedeció sin chistar ni pedir explicaciones. Entró en el palacio y se encontró en una sala inmensa; en el extremo de esta sala había un sér fantástico que tenía el cuerpo de una serpiente, la cabeza de un tigre y las alas de un murciélago.

Ante esta horrible aparición, Marisol sintió que la sangre se le helaba en las venas; pero recordó el primer aviso del caballo y se serenó al punto.

—¡Ven aquí, que te voy a devorar!—gritó el monstruo.

Marisol tuvo tentaciones de volver la espalda y huir con toda la velocidad de sus piernecitas; pero recordó el segundo aviso del caballo y avanzó.

Entonces el sér fantástico se puso en pie y preguntó:

—Marisol, ¿para qué querías la ensalada?

Al ir a dar su respuesta acostumbrada, la niña se acordó del tercer aviso del caballo y contestó resueltamente:

—¡Para comérmela!

—Marisol, ¿por qué huiste asustada?

—prosiguió el monstruo.

—Porque vi al brujo Gluglú—contestó Marisol sin vacilar.

—Marisol, ¿qué perdiste en la retirada?

—Mi zapatito—dijo Marisol.

En el mismo instante el monstruo lanzó un rugido espantoso, pegó una patada en el suelo y desapareció, tragado por la tierra, mientras el palacio de cristal verde se derrumbaba con estrépito.

Marisol buscó al caballo de bronce, pero ya no le vió; en su lugar había un príncipe tan hermoso como elegantemente vestido.

—Marisol—le dijo—, has vencido al brujo Gluglú, que tanto te ha hecho sufrir y que a mí me transformó en caballo de bronce, condenándome a permanecer, bajo esta forma, en la plaza de un pueblo, hasta que pudiera traer aquí a un niño que me libertase. Varias veces lo intenté, pues eran muchos los chiquillos del pueblo que se subían sobre mí; pero en cuanto me sentían moverme, los cobardes huían a todo correr. Ya que en lugar de un niño me libertador ha resultado ser una niña, ¿quieres casarte conmigo y ser princesa?

Ignoro lo que pasó después de esto; pero tengo serios motivos para sospechar que el príncipe y Marisol se casaron y vivieron muy felices, y mandaron venir a su palacio a los papás de la nueva princesa, que se hartarían de comer toda clase de lechugas y escarolas, aderezadas con todos los refinamientos... a no ser que estas aventuras les hubiesen hecho tomar horror a las ensaladas.

Magda DONATO

Dibujo de BARTOLOZZI.



vestido de los domingos y la mandó a casa del terrible vecino.

Gluglú acogió a la niña haciéndole las mismas preguntas, y ella volvió a dar las mismas respuestas; entonces la ordenó:

—Cierra los ojos.

Y Marisol, aterrada, cerró sus ojos de cielo, pensando que la irían a matar, y cuando los abrió quedó estupefacta al encontrarse sola y en un país desconocido.

Como estaba muy cansada por todas estas emociones y tenía hambre y sueño, llamó a una puerta cercana, que era la de una tienda de vajilla, y pidió hospitalidad. El dueño la dió de comer y la permitió que se acostara en un rincón de la tienda.

Pero tan pronto como Marisol se quedó sola, oyó en sus oídos una voz que decía:

—Marisol, ¿para qué querías la ensalada?

mostrador; pero en cuanto se quedó sola, oyó la misma voz, dió las mismas respuestas y entonces vió aparecer unas enormes tijeras brillantes que destrozaron todas las piezas de tela. A la mañana, cuando el dueño entró se puso furioso y la echó con cajas destempladas.

Ya Marisol no se atrevió a pedir hospitalidad a nadie, y al llegar la noche se quedó en la plaza del pueblo, sola y triste.

En medio de la plaza había un caballo de bronce que arrojaba agua por la boca; la niña bebió un poco; luego, como estaba cansada y no había bancos donde sentarse, se subió a la grupa del caballo y se echó, dispuesta a dormir.

Pero en aquel momento un estremecimiento recorrió el cuerpo del animal de bronce, y Marisol oyó que la hablaba, y quedó muy sorprendida, no porque hablase, sino porque no le hacía las mismas preguntas de todo el mundo.

—Agárrate bien, hermosa niña—decía

LA GALLIPAVA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

El señor de Ribazo era un señor pacífico, alegre, de cara redonda y colores de manzana, dados con desigualdad en sus mejillas: en la izquierda, muy arriba, junto al pómulo; el de la derecha, junto al lóbulo de la oreja.

Se había casado con una mujer sencilla y buena, aunque parlanchina, visitadora y de mirada suspicaz. Parecía haberla sacado del incógnito de una casa burguesa, de ese cuarto de la plancha en que la señorita ayuda a las criadas y se plancha sus blusas y sus pañolitos.

Vivía en la calle cerrada, taponada, en cuyo fondo había la verja del jardín de un palacio viejo, jardín extensísimo al que daba, por la espalda, la casa de la novia, cuyos idilios en aquella galería le serían siempre inolvidables, pues la luz que allí había era, luz de ciudad fría, luz de ciudad apiñada, que está esperando esos remansos para expliarse.

Le pareció por eso a Ribazo que había sacado su mujer del otro lado del mundo, del ambiente neutral, de un misterioso patio de la ciudad. Muy pocas veces se había asomado al balcón de la calle, actitud de casi todos los vecinos de aquella calle sin salida, pues siempre se acordaría de aquella observación que le hizo un amigo que le acompañaba muchos días hasta el portal de su novia: «¿Pero qué pasa en esta calle que nunca hay nadie asomado a los balcones?»

Del revés aquel del mundo había sacado aquella mujer sana, siempre muy puesta de blusas rosas, como henchidas las gasas de sus blusas por un aire cordial y escogido.

Todo lo encontró ideal en su esposa. La acompañaba a todas las visitas, hacia las que ella se encaminaba con paso menudo y rápido, tirando de él como de un niño gordito y recalcitrante.

Su esposa también le encontraba gracioso, decididor, y hacía un gesto de cabeza de estar muy de acuerdo con él ante cualquier alusión del marido.

Lo único que no podía aguantar la seño-

ra de Ribazo era la casa tétrica en que se habían metido. Echaba siempre de menos aquel espaldar a los jardines interminables del duque, en la calle sin salida.

—Muchas veces—le decía a él—busco

las ventanas del patio, y qué desconuelo me entra cuando encuentro que dan a patios tan oscuros.

El señor de Ribazo estaba consternado al ver a Josefina enmuriada, y aliada, y fué entonces cuando decidió

hacer una casita en un pueblo próximo, el pueblo para el que salían todos los días dos automóviles de viajeros, el pueblo de donde era una tía de Josefina, a la que iban a ver muy a menudo.

El hotel fué construido muy de prisa,

y, sobre todo, se fueron los dos a vivir a él muy pronto, porque el arquitecto, ante su impaciencia, hizo una casita de ladrillo en un rincón del terreno; una casita de dos habitaciones que, como decía Josefina para disculparse a todos los que iban a verla:

—Esta casita será para el guarda, después.

Ya tenía la señora de Ribazo toda aquella luz descampada, abierta, caudalosa, de orilla del mar, que se siente junto a los grandes solares de tierra adentro; pero echaba de menos esa luz que en la ciudad está mezclada de conversaciones, de silencios, de retazos de teatro, lanzados por los apuntadores y por los actores—es decir, tanto por los que hablan en voz baja como por los que hablan en voz alta—, de las musicaciones de las comadres que hablan mal de quien está presente en la misma habitación y hasta de las voces de los oradores.

Josefina, por eso, se aburría un poco en su nuevo hotel. No sabía qué dirección dar a su vida.

Primero, pasó unos días tocando el piano frenéticamente, barajando todos sus papeles de música, desencuadrando más tarde las partituras, entreabriéndolas en su atrilero como si fuesen revistas viejas.

Después se dedicó a la jardinería y plantó de esquejes todo el jardín, en tan gran profusión, que si hubiesen brotado todos se habrían comido unos a otros y las garras de las raíces de unas plantas se hubieran enzarzado en las raíces de las otras. Nunca hubiera sido tan tupida la vegetación en ninguna parte; pero todo se murió, y los esquejes se convirtieron en esos palitos estériles que cortan los niños y clavan en la arena.

Por fin, se dedicó a la cría de gallinas. Aquella fué una re-



velación. Si se pudiese diputar como una misión la de cuidar gallinas, aquella era su misión de predestinada.

Ya encontró alegres los días y con sentido adecuado. El señor Ribazo estaba contento viéndola tan distraída, encariñada con las gallinas, como jugando con esas niñas de la vecina que entretienen a la que vive en la colonia de hotelitos.

Ya tenía el día de Josefina el sentido de dar de comer dos, tres y hasta cuatro veces al día a sus gallinas.

No se hablaba de otra cosa en las comidas.

—La amarilla ha estado de mal humor toda la tarde y ha picado a los pollitos...

—Habrá recibido quizás carta de su suegra — la decía el señor de Ribazo, que siempre era un humorista.

—No sabes — insistía Josefina —, la pollita del moño cómo me busca por toda la casa... Se asoma a cada puerta como preguntando: «¿Está aquí?», y me busca también debajo de la cama, como si pudiese estar metida allí.

El señor de Ribazo sonreía a su mujer, como si aquello fuese una regresión de ella al tiempo en que jugaba a las muñecas.

Josefina, en su nueva dedicación, era tan exagerada como siempre, y a las gallinas eluecas las puso cincuenta huevos debajo, tomándolas por incubadoras artificiales que podrían empollar una huevería entera.

—Pero mujer, ¿a quién se le ocurre! — la dijo su esposo al saber que sólo habían salido diez pollos de la enorme hornada y todos los huevos habían quedado pochos, con un corazón de pollo a medio formar en el fondo, embrión de vida que daba asco comerse, porque resultaba como sorberse un sér del limbo original, algo así como un sér en ciérne.

—Si quieres te compro una incubadora artificial — la dijo el señor de Ribazo, temiendo que Josefina se desesperase y dejase su nueva profesión, comenzando a lanzar los «Me aburro» insondables, que son lo que resulta más grave oír en labios de una mujer.

—Admitir yo una incubadora artificial! — decía —. Tú no me conoces... ¿Crees que yo podía querer a un pollito falso, hecho en esa máquina de bazar, sin intervención de madre alguna? Todos los pollos de incubadora me parecen un pecado... Y comérmelos, ¡qué horror! No me comería uno por nada del mundo... Deben saber a papel...

—¡Cuidado que eres supersticiosa! — la decía su esposo.

Josefina tuvo que agrandar el corral, haciéndole al señor de Ribazo que comprase otro lote de terreno, y llenándolo de gallineros, preciosos gallineros como casitas de muñecas o como las casitas que en los circos sacan las amaestradas de loros o palomas.

La casita del pueblo tenía una animación constante, pues sus gallineros recordaban los de los parques zoológicos, llenos de especies, de cacareos intercalados, de ahora el uno, ahora el otro, ahora el de más allá.

Siempre estaba acibillado el silencio que tanto aburre.

Era como una profesora con todo un colegio disciplinado y cacareante, siempre en pleno recreo en el patio, siempre como en parlanchina clase de labores todas las discípulas.

El esposo estaba satisfecho, pues pensaba que no había ejercicio más inocente que el cuidar gallinas. Para su esposa no había los peligros de la calle ni la distracción en el mundo.

—Hoy está malita la color canela — decía a su esposo cuando llegaba de paseo, o bien le comunicaba:

—La pobre blanca y negra se ha quedado con el cuello pelado, completamente pelado; tanto, que da frío vérselo.

El marido la consolaba, la aseguraba que la color canela se curaría y que a la blanca y negra la saldrían plumas en el cuello.

—Ven, ven — le decía muchos días Josefina, cogiéndole de la mano y llevándole al corral y señalándole la escena de una gallina que se miraba en un pedazo de espejo tirado, o de otra que imitaba encontrar granos de trigo sólo para dar envidia a las demás, o de un gallo que subía las escaleras de la casa como las de palacio un conde de capa y espada.

Josefina se dejó de coqueterías y zalemas, dedicada sólo a la observación de su gallinero, y muchas veces se asustaba ante esas gallinas que parecen haberse tragado no sabe qué cosa que no pueden pasar del gástrico y hacen gestos de asfixia y entornan los ojos con párpado de vieja agonizante.

Como a la madre, a la que siempre asustan los llantos de los niños cuando se quedan sin resuello, así la asustaban a Josefina esas gallinas atagantadas, que hacen aspavientos humanos, que a veces parece que ya se entregan.

Había en el corral su gallina predilecta.

Había la gallina que la odiaba como si fuese una despota.

Se creía que no quería nada con ella y la miraba de través y no aceptaba la comida de su mano.

Tenía celos humanos de ella. La encontraba más crecida y mejor plantada que ella; tenía envidia, indudablemente, de sus trajes.

Era amarilla, como la envidia o como una blusa que tenía la señora de Ribazo, y con la que se ponía tan orgullosa como la más ponedora de las gallinas.

Había la gallina que se hacía la indiferente a su paso y la que iba corriendo hacia ella en cuanto la veía, como niña que va a agarrarse al zócalo de las faldas de la madre.

—¡Me conocen! ¡Me conocen! — decía Josefina, y se sentía colmada de felicidad, como si las gallinas hubiesen llenado el vacío que había en su corazón, por no tener niños.

Ya era proverbial su amor a las gallinas, y su esposo decía a los amigos que le preguntaban en la ciudad por ella:

—Allí, con sus gallinas... Yo creo que las enseña a leer y escribir...

Ella, cuando iba a la ciudad, estaba inquieta, como madre que ha dejado los niños de pecho solos y sin mamar. Deeseaba volver. Apresuraba sus encargos, y desde muy temprano esperaba que saliese el automóvil, escondida en un rincón de su sombra, pensando en sus gallinas.

Ya en marcha el automóvil, y con el contacto establecido con todos los viajeros, hablaba a todas las señoras de sus gallinas:

—Tengo algunas de casta neerlandesa que son preciosas... Parecen señoras con sombrero que se pasean, que vuelven de hacer compras... Tengo alguna de Guinea que parece una reina con corona... No se trata con las demás; hay que darle de comer en una taza; no admito que se la eche en el suelo.

—Señora... — la decía, de pronto, alguna de aquellas mujeres — yo tengo unas, pintas, que son una rareza.

—¡Ah! ¿Sí?... — decía la señora de Ribazo —. ¿Quiere usted que cambiemos una de Nueva Zelanda, que son blancas

como la nieve, con una de las pintas? ¿Cuándo quiere que nos veamos? ¿Cómo se llama su chalet?

Otras veces era una disputa con algún caballero, que al oír la decir que a ella la gustaban tanto las gallinas, decía con gran seriedad:

—A mí también... Pero con arroz...

—No merecen esa crueldad... Bien que nos las comamos; pero hay que quererlas antes... Hay que apreciar lo niñas que son.

—Señora... Lo siento mucho... Pero a mí, con arroz...

—No las conoce usted, caballero... Yo siento como si tuviese un colegio, un internado de niñas.

—Así es que gallos no tiene usted.

—Sí, tengo gallos; pero esos son los profesores...

—¡Vamos, los profesores de dibujo!

Todos reían de la señora de Ribazo cuando se suscitaba una de esas bromas en que parecía que aquel viajero impertinente y guasón se divertía en correr a la gallipava.

Cuando ella iba en la diligencia se rompía siempre el silencio como lo rompen esas mujeres rústicas que entran en los vagones de tercera con un par de pollos en una redecilla.

Josefina llegó, en su delirio por las gallinas, a encontrar esa gallina que parece un sér humano encantado, una gallina remolona y misteriosa que no ponía mas que sobre la cama de matrimonio. Todos los días se encaramaba sobre la colcha de damasco y ponía su huevo, limpio y repulido, como una bola de marfil.

El señor de Ribazo se encontraba un poco molesto por aquella intromisión en su alcoba de la gallina misteriosa. Varias veces le había asustado tropezando con la jarra del agua al huir de él antes de que encendiese la luz.

—Mira, Josefina — la dijo, por fin — que no vuelva yo a ver la gallina sobrenatural esa encima de nuestra cama...

—¿Qué daño te hace?

—Parece que la ensucia.

—No lo creas... Es más limpia que tú, seguramente.

Aquella contestación la irritó mucho al señor de Ribazo; era la primera contestación de su esposa que le irritaba, quizás porque había surgido el día número tantos del cansancio. Por eso la dijo severamente:

—Mira, Josefina: ya estoy harto de tus gallinas, y sobre todo de esta holgazana, a la que me voy a comer el domingo si vuelvo a encontrármela encima de la cama...

—Ya te cuidarías de hacer eso... Me iba a casa de mis padres... Esta gallina merece más respeto del que tú te crees.

—Merecerá todo el respeto que tú quieras; pero si me la encuentro echada en ese hueco que hace la muy bribona, la retuerzo el pescuezo...

Josefina, irritada, sin saber aún mas que llorar en las disputas con el marido, comenzó una llantina nerviosa, desconsolada, en medio de la que sólo decía: «¡Qué malo! ¡Qué malo!»

El señor de Ribazo, como si despertase de un sueño y por primera vez se encarasase con su esposa, se la quedó mirando y encontró que tenía un gran parecido con una gallina: la traza de barbilla remetida y ojos soslayados y redondos, sobre todo el izquierdo, que caracteriza a las gallinas.

Tan injusto resultaba el llanto de la esposa, sólo porque la había hecho una advertencia a propósito de una gallina, que el señor de Ribazo la miraba con

antipatía y con iracundia. Josefina, con la cabeza retorcida, cacareaba sus lamentos de mujer vejada.

Entonces fué cuando el señor de Ribazo dijo la palabra trágica, la palabra que definía a su esposa y que desde ese momento iba a agravar la vida matrimonial:

—¡Gallipava!

Josefina, al oír aquel remoque que la iba demasiado bien y que por eso la ofendía tanto, sorbió sus lágrimas y levantó la cabeza hacia el marido con gesto de rencor eterno. Fué mirada de gallina rabiosa, mirada enconada y redonda, lanzada por un solo ojo, ojo seco y fulminante, muy bordeado por un párpado enrojecido.

El señor de Ribazo se arrepintió de haber lanzado a su esposa aquella palabra que la definía por completo y que él mismo había tenido oculta para no dar con ella.

Ahora comprendía aquella predilección de su esposa por las gallinas; es que era una de ellas, una gallipava, es decir, la gallina de cabeza aguda, pequeña, engrifada sobre el cuerpo, pero a la que secunda un cuerpo anchote, nutrido, con postreñas plumosas y pesadas.

Ella le seguía mirando como una gallina airada, como no perdonándole la ofensa. Su ojo izquierdo parado, dilatado, fiero, tenía la tirantez y la interminable mirada fija de los ojos galliniles.

El señor de Ribazo, como era la primera vez que reñía con su esposa y la dirigía un insulto gráfico, se acercó a ella y besó sus ojos para cerrarlos, para amansarlos al fin.

Ya en broma y en muchas ocasiones repetía el señor de Ribazo el que su mujer era una «gallipava», y en todas partes recogían con júbilo el remoque.

—Es que ésta es una «gallipava».

Y todos la dirigían una mirada pronta y aguda, como comprobando la gran verdad que era lo que decía el marido.

Cuando se iba el matrimonio ya quedaba proclamada en la casa, como denominación familiar con que llamar a la señora de Ribazo, la denominación de «Gallipava».

—Estuvo «da Gallipava».

—El domingo vendrá «da Gallipava».

—Da envidia el corral de «da Gallipava».

—¿Qué va a hacer el pobre marido con una tal «gallipava».

El marido, desde el día en que encontró la palabra de impertinencia clarividente, buscaba en su esposa lo mucho que había en ella, y en su perfil, de gallina magnífica.

En las visitas parecía haberse encaramado a su travesaño. ¡Cómo se sentaba en los sofás!

Oía de lado y con la cabeza medio inclinada, y mientras con un ojo miraba a la que estaba sentada en la butaca de la derecha, miraba con el otro al que se sentaba en la butaca de la izquierda.

Con la boca, mientras, picaba, como una gallina hambrienta, las motas negras de su velo. Parecía quererlas alcanzar todas y hacía gestos de moverlas hacia la boca.

Era caramillosa y picoteadora. Miraba a las amigas al babero de las manchas. Se sentaba muy cerca de ellas y comenzaba a escarvar en su traje, en su descote, en sus manos. No tenía ni un momento la mirada descansada y distraída.

«¡Gallipava! ¡Gallipava!», se decía su marido, mirándola, irrefinado, sin poderse

contener, encontrando lo que de grotesco e inferior había en aquella tesitura de gran rigidez y de altivo corazón.

Realmente, vió en ella cosas de gallipava. Miraba con ojos alegres y redondos, detrás de los que no se sabía bien lo que había. Se quedaba mirando las cosas con un ojo encandilado y el otro al paio.

¿Cómo no había visto en su esposa ese gesto turulato, espantadizo, de otro sér que ella misma, de algo así como de un ejemplar de otra especie y de una especie insignificante, rastrera, petulante, atontolinada y simple por excelencia?

Pero Josefina, que ya había aceptado como una broma amarga, pero resistible, lo de «gallipava», exageraba su tipo y no tenía rubor en que su ojo izquierdo tuviese ruda expresión de vigilancia gallinil.

Cuidaba sus gallinas con el mimo de siempre, aunque de modo más silencioso, pues no quería oír a su marido que eran sus descendientes directos y que por eso las quería tanto.

Sólo tenía para ellas ya el mímo exclamativo de los ¡oh!, ¡oh!

Había que oír la cómo decía: «¡Oh!» «¡Oh!» Envolvía aquellos ¡oh! la sorpresa, el mimo, el derretirse viva.

—¡Oh! ¡Oh!
—¡Oh, qué gentil!
—¡Oh, qué monadal!
—¡Oh, qué graciosa!
Pero casi siempre, un solo «¡Oh!», bien modulado, bien sostenido y burbujeante, bastaba.

Largos ratos se pasaba ahora atisbando sus gallinas, aunque ahora con reflexión que no dejaba de ser triste, porque, aunque aceptaba con valentía lo de «gallipava», otra cosa la quedaba dentro y estudiaba mucho, se quedaba pensando mucho, en el sentido de la comparación... Parada ante las gallinas que se dormían como viejas, y que aun durmiendo todo el día se dormían de pie en cualquier rincón, la entraba un gran sueño y tenía que dormir la siesta.

Su corral era más triste. Ella, que no había querido tener gallinas negras antes porque la parecían gallinas de luto, había dejado que creciesen en vez de descartarlas con peñitorias continuas, como antaño.

No quería que saliesen al camino. La daba miedo esas gallinas que huyen de cualquier cosa como si fuesen a ser atropelladas, como si las personas fuesen los automóviles desolados que pasan por los caminos con tanta velocidad que aforabuzonan el polvo que dejan detrás de ellos.

«La Gallipava» las dejaba encerradas en su corralillo como si las dejase en un gran sarao, dedicadas a la conversación y a los paseitos de las novicias en medio de los claustros.

El señor de Ribazo temía ahora que su «gallipava» abandonase sus gallinas y se dedicase a otra distracción más peligrosa. ¿Por qué encontraría aquel día aquel parecido que se había estado, abs-

esposa. El médico la recibió con el retintín de todo el que por primera vez se encaraba con aquella señora cacareante y de ojo suspicaz y anillado.

La estudió minuciosamente, deteniéndose un buen rato la consulta, cuando el doctor la preguntó:

—¿Y a qué se dedica?

Y ella le habló de su corral lleno de gallinas, en las que había algunas inte-

El señor de Ribazo fué muy inquieto. ¿Qué sería? Notaba en la espera lo mucho que quería a su Josefina.

Por fin, le llegó el turno y entró en el despacho del doctor, que le dijo:

—Lo que tiene su esposa es grave... Se trata de una parálisis que produce ese fenómeno del ojo; una parálisis que ya está agarrada a una cuerda bucal y que se irá corriendo, corriendo...

El señor de Ribazo, como si necesitase confesar urgentemente su villanía de remoqueteador, que había puesto el nombre de «Gallipava» a su esposa, se lo confesó al médico.

—Realmente—dijo el doctor, como confesor que agrava el pecado al comentarlo—, ha sido fuerte que lo que era una desgracia lamentable haya servido para poner un mote a su señora, y un mote que la habrá inquietado mucho, porque ella misma, la pobre, probablemente se habrá encontrado gallipava en los espejos y no habrá podido modificar el gesto, aunque lo haya intentado...

El señor de Ribazo, todo compungido, buscó a Josefina para pedirle perdón. Josefina encontró conmovida aquella vuelta amable del marido.

—¿Me perdonarás, Josefina, que te haya llamado «gallipava»?

—¿Pero por qué me has de pedir perdón con esa contrición por lo que no es apenas un insulto?...

—No importa... Yo quiero que me perdones... Dime que me perdonas... Nunca más te lo volveré a llamar...

—Estás perdonado... Pero llámame de vez en cuando... Ya me había acostumbrado a la mimosa burla, que era lo de «gallipava» en tu boca...

—No... No te lo volveré a decir... Pero no notarás la ausencia de ese mimo, porque lo sustituiré por muchos más.

Josefina estaba conmovida, bondadosa, dulce; pero en medio de su dedicación, el ojo, rígido, con tirantez en sus bordes, tenía el aspecto demasiado despierto de lo que nunca se podía dormir, de lo que se quedara

abierto, idiotizado, crispado, paróxico... Toda la vida amargaría más la desgracia que había de presenciar el haberse burlado del defecto de su esposa y haber puesto un mote a lo fatal. Toda la vida estaría intentando borrar de lo ya dicho tanto como del lo que le quedaba por decir, la palabra «gallipava», sarcasmo inconsciente que hasta de los diccionarios extirparía también de buena gana.

Ramón GOMEZ DE LA SERNA
Ilustraciones de BARTOLOZZI.



teniendo de encontrar desde que se casó con «la Gallipava»?

Josefina tomaba cada día más tipo de gallipava. Sobre todo, la tirantez y la desorbitación de su ojo izquierdo eran mayores.

Ya aquella no era una broma del tipo. Aquello suponía algún mal, porque la faz tenía imposibilidad de gestear.

Una tarde, en vista de eso, el señor de Ribazo se dirigió al médico con su

ligentes como personas, confándola de tales incongruentes y enrevesados.

—¿Sería aquello, realmente, un caso de mimetismo, y ya que observa tanto a las gallinas se va a quedar en gallipava auténtica? — se preguntaba el señor de Ribazo.

«La Gallipava» se mostró alegre, pero avizora, con tipo de gallina entusiasmada. El médico les despidió sin querer perturbar aquel hermoso optimismo de gallina despabilada; pero llamó al día siguiente al señor de Ribazo.

CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
ted libre de callos y du-
rezas, juanetes y ojos de
gallo. Pruébalo y quedará
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID




Carlos Coppel

Fábrica de
relojes.
Fuencarral, 27
Madrid.

A cada reloj
acompaña
certificado de
garantía.

Rosado
Rivas

Droguería, Perfumería, Colores
FLORENTINO PÉREZ (S. en C.)
SUCESESORES DE EDUARDO DÍAZ HERRERA
Primera casa en barnices, esmaltes
y purpurinas de todas clases
Hortaleza, 17. Teléfono 1039 M.

Nerviosina de T. González De venta en
farmacias

MANUEL LÓPEZ

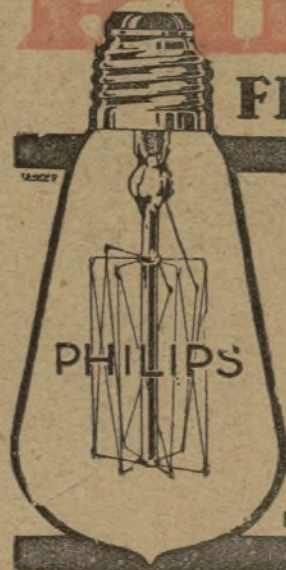
FABRICANTE DE MUEBLES

Comedores, despachos, recibimien-
tos, dormitorios, sillerías, tocado-
res, salones, escritorios de señora,
bureaux americanos, clasificadores

Serrano, 17 - Ayala, 60

PHILIPS

FILAMENTO METÁLICO



CONSTRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN
LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLE-
XIBLES. LO MISMO LOS DE ARRIBA
(EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS)
COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTI-
GUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

DOBLE DURACIÓN

Exijan marca PHILIPS sobre el cristal De venta en todas partes

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELECTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MO-
TOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. TELÉFONO 2.251

ALFONSO FUENCARRAL, 6 MADRID
FOTOGRAFÓ
TOLEDO 65 MADRID

Quiosco de EL IMPARCIAL Calle de Alcalá
esquina a Barquillo

AGUAS del INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa,
Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.
Curan anemia, enfermedades por
debilidad, propias de la mujer, y
cuantas manifestaciones origina el
agotamiento nervioso.

= BOVEDA (Lugo) =

"Anís Balmaseda" MALAGON (Ciudad Real)